

¡Chúpate esa!  
Christopher Moore

Por el autor de 'El ángel más tonto del mundo', número uno en ventas en Estados Unidos

Mézclese *Loco por ti* con *Drácula*. Añádase Bridget Jones y una pizca de *American Psycho*. Póngase un poco de *Buffy Cazavampiros* y otro poco de Mel Brooks. El resultado: una historia mordazmente divertida y llena de amor, colmillos y muertos no muertos escrita por el único e incomparable Christopher Moore.

«El humor puede salvar vidas y los libros de Moore están llenos de motivos para soltar unas cuantas carcajadas»

—Juan Vila (El País, On)

«Una hilarante farsa sobre jóvenes predadores enamorados que vagan por San Francisco buscando unos centilitros de sangre antes del amanecer... Una gozada»

—Cleveland Plain Dealer

«Moore pertenece por derecho propio a la saga de autores memorables como Jonathan Swift o Mark Haddon que han aplicado la mirada de la risa a la vida»

—La Opinión A Coruña

«La obra de Moore gira en torno a la sátira más mordaz, con un humor absurdo y lacerante que lo convierte en un Terry Pratchett muy siniestro»

—Cibergames

«Christopher Moore se está convirtiendo en el autor de culto del momento, tomando el testigo que nadie supo recoger tras Kurt Vonnegut»

—Denver Post

«El ingenio del autor queda más que demostrado, con humor del bueno y parodia inteligente. Moore es sorprendente»

—CO3



Publicado por La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24.  
Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid.  
Teléfono: 91 870 45 85 Fax: 91 871 72 22  
www.lafactoriadeideas.es e-mail: informacion@lafactoriadeideas.es  
Derechos exclusivos de la edición en español: © 2008, La Factoría de Ideas

Material promocional, prohibida su venta

© 2008, Christopher Moore

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**



Para mis lectores,  
a petición



## Agradecimientos

Gracias, otra vez, a los sospechosos habituales: mi agente, Nick Ellison y Sara Dickman, Arija Weddle y Marissa Matteo, de Nicholas Ellison Inc.; Jennifer Brehl, Kate Nintzel, Lisa Gallagher, Michael Morrison, Mike Spradlin, Jack Womack, Debbie Stier, Lynn Grady y a todos mis amigos de William Morrow; y, cómo no, a Charlee Rodgers, por aguantar las partidas de bolos con pavo congelado.

## Asúmelo, hay un montón de gente muerta

—¡Me has matado, zorra! ¡Qué asco das!

Tommy acababa de despertarse por primera vez siendo un vampiro. Tenía diecinueve años, era delgado y se había pasado la toda la vida entre estados de pasmo y confusión.

—Quería que estuviéramos juntos. —Jody: pálida, guapa, pelo largo y rojo cayéndole sobre la cara, linda naricilla en busca de una hilera perdida de pecas, gran sonrisa revestida de carmín. Solo llevaba no-muerta un par de meses y todavía estaba aprendiendo a dar miedo.

—Sí, ya, por eso pasaste la noche con él. —Tommy señaló la estatua de bronce de tamaño natural que había al otro lado del *loft*; la estatua representaba a un hombre vestido con un traje andrajoso. Dentro del cascarón de bronce estaba el viejo vampiro que había convertido a Jody. Junto a él había una estatua de Jody. Cuando se habían quedado dormidos al amanecer con el sueño de los muertos, Tommy los había llevado a los escultores que vivían en el bajo de su edificio y los había hecho recubrir de bronce. Había creído que así tendría tiempo para pensar qué hacer y evitar que Jody se escapara con el viejo vampiro. Su error había sido taladrar agujeros en los oídos de la estatua de Jody, para que ella lo oyera. Pero durante la noche anterior

a su baño de bronce, el viejo vampiro había enseñado a Jody a convertirse en niebla, y ella se había escapado por los agujeritos de las orejas, y (en fin) allí estaban: muertos, enamorados y furiosos.

—Necesitaba saber qué soy, Tommy. ¿Quién iba a contármelo, si no?

—Sí, pero deberías haberme preguntado antes de hacer esto —dijo Tommy—. No puedes matar a alguien sin preguntar. Es de mala educación. —Tommy era de Indiana y su madre le había enseñado a tener buenos modales y a ser considerado con los sentimientos ajenos.

—Tú me hiciste el amor mientras estaba inconsciente —repuso ella.

—Eso no es lo mismo —contestó Tommy—. Solo quería ser amable, como cuando pones una moneda en el parquímetro de otro si no está allí: sabes que después te lo agradecerán, aunque no puedan darte las gracias personalmente.

—Sí, ya, espera a quedarte dormido en pijama y a despertarte todo pringoso y en traje de animadora y verás lo mucho que lo agradeces. ¿Sabes, Tommy?, cuando estoy dormida, técnicamente estoy muerta. ¿Adivinas en qué te convierte eso?

—Bueno... eh... sí, pero tú ni siquiera eres humana. Solo eres una cosa muerta y asquerosa. —Tommy se arrepintió enseguida de haber dicho aquello. Era hiriente y mezquino, y aunque Jody estaba, en efecto, muerta, él no la encontraba asquerosa en absoluto: de hecho, estaba convencido de que la amaba, solo que le avergonzaba un poco todo aquel lío de la necrofilia y el traje de animadora. En el Medio Oeste la gente no hablaba de esas cosas, a no ser que un perro desenterrara un pompón en el jardín de

algún tío y la policía acabara descubriendo una pirámide de huesos enterrada bajo el balancín.

Jody resopló solo por resoplar. En realidad, le alegraba que Tommy se hubiera puesto a la defensiva.

—Pues bienvenido al Club de las Cosas Muertas y Asquerosas, señor Flood.

—Sí, te bebiste mi sangre —dijo Tommy—. Un montón.

*Maldición, debería haber fingido que lloraba.*

—Tú dejaste que me la bebiera.

—Por educación, nada más —dijo Tommy. Se levantó y se encogió de hombros.

—Dejaste que me la bebiera por el sexo.

—Eso no es cierto, fue porque me necesitabas. —Estaba mintiendo: había sido por el sexo.

—Sí, te necesitaba —confirmó Jody—. Todavía te necesito. —Le tendió los brazos—. De verdad.

Tommy se acercó y la abrazó. Le gustaba muchísimo, incluso más que antes. Era como si tuviera los nervios electrizados.

—Vale, fue por el sexo.

*Genial*, pensó ella, *otra vez lo tengo en el bote*. Besó su cuello.

—¿Te apetece ahora?

—Puede que dentro de un rato, estoy muerto de hambre. —La soltó, atravesó a toda prisa el *loft* y entró en la cocina; sacó un burrito de la nevera, lo metió en el microondas y apretó el botón, todo ello en un simple y suave movimiento.

—Más vale que no te comas eso —le aconsejó Jody.

—Tonterías, huele de maravilla. Es como si cada frijolito y cada trocito de pollo emitieran deliciosos efluvios de

vapor aromático. —Tommy usaba palabras como «efluvios» porque quería ser escritor. Por eso había ido a San Francisco: a comerse la vida a grandes mordiscos y a ponerlo por escrito. Ah, y a buscar novia.

—Deja el burrito y apártate de ahí, Tommy —dijo Jody—. No quiero que te sienta mal.

—Ja, eso ha tenido gracia. —Dio un buen mordisco al burrito y sonrió mientras masticaba.

Cinco minutos después, como se sentía culpable, Jody estaba ayudándolo a quitar trozos de burrito masticado de las paredes de la cocina y el frente de la nevera.

—Es como si cada frijolito luchara por forzar las represivas puertas de la digestión.

—Sí, bueno, es lo que tienen los refritos —confirmó Jody mientras le acariciaba el pelo—. ¿Estás bien?

—Estoy muerto de hambre. Necesito comer.

—Bueno, comer, comer, no —puntualizó Jody.

—¡Ay, Dios mío! Es el ansia. Noto como si tuviera un boquete en las tripas. Deberías habérmelo dicho.

Jody sabía cómo se sentía; en realidad, ella lo había pasado peor. Por lo menos Tommy sabía qué le estaba pasando.

—Sí, cariño, vamos a tener que hacer algunos ajustes.

—Bueno, ¿y qué hago? ¿Qué hiciste tú?

—Pues alimentarme de ti, ¿recuerdas?

—Deberías haberlo pensado antes de matarme. Estoy jodido.

—Estamos jodidos. Juntos. Como Romeo y Julieta, solo que en una secuela. Muy literario, Tommy.

—Menudo consuelo. No puedo creer que me hayas matado así como así.



—También te he convertido en un superser, si no te importa.

—Mierda, he potado encima de mis zapatillas nuevas.

—Ahora puedes ver en la oscuridad —dijo Jody alegremente—. ¿Quieres probar? Voy a desnudarme. Puedes mirarme en la oscuridad. Desnuda. Te gustará.

—Jody, que estoy muerto de hambre.

Ella no podía creer que no respondiera a la persuasión de su desnudez. ¿Qué clase de monstruo había creado?

—Está bien, voy a buscarte un bicho o algo así.

—¿Un bicho? ¿Un bicho! No pienso comerme un bicho.

—Te he dicho que tendríamos que hacer algunos ajustes.

Tommy ya había tenido que hacer bastantes ajustes desde que había llegado al Oeste procedente de su pueblo, Incontinece, en Indiana; y el menor de ellos no había sido echarse una novia que, aunque lista, sexi y ocurrente, se bebía su sangre y se quedaba inconsciente en el momento exacto en que salía el sol. Tommy siempre había sospechado que quizá Jody lo hubiera elegido porque trabajaba por las noches y podía andar por ahí durante el día; sobre todo, porque una vez le había dicho:

—Necesito alguien que trabaje de noche y pueda andar por ahí durante el día.

Pero ahora que él también era un vampiro, podía cerrar la puerta de aquella inseguridad y abrir la de un nuevo mundo de dudas con el que antes ni siquiera había soñado. La edad apropiada para un vampiro son cuatrocientos años: un vampiro debía ser una criatura sofisticada y hastiada del mundo, que hubiera superado hacía mucho tiempo sus ansiedades humanas y evolucionado hacia macabras perversiones. Lo malo de un vampiro de dieci-

nueve años es que se lleva consigo a la oscuridad todos sus complejos adolescentes.

—Estoy muy pálido —comentó al mirarse al espejo del cuarto de baño. Habían descubierto enseguida que los vampiros se reflejaban, en efecto, en los espejos, y también que podían soportar la proximidad del ajo y los crucifijos. (Tommy había hecho experimentos con Jody mientras dormía, incluidos algunos que requerían traje de animadora y lubricantes.)— Y no me refiero a pálido como en Indiana en invierno. Estoy pálido como tú.

—Sí —dijo Jody—. Creía que te gustaba la palidez.

—Claro, a ti te sienta bien, pero yo parezco enfermo.

—Sigue mirando —dijo ella. Estaba apoyada en el marco de la puerta, vestida con unos vaqueros negros muy ajustados y una camiseta corta; llevaba el pelo recogido hacia atrás, y la melena le caía por la espalda, roja y flácida, como la cola de un cometa. Intentaba no reírse demasiado.

—Falta algo —insistió Tommy—. Algo aparte del color.

—Ajá. —Jody sonrió.

—¡Se me ha alisado la piel! No tengo ni un solo grano.

—*Din, din, din* —canturreó Jody onomatopéyicamente, insinuando que la respuesta de Tommy era acertada.

—Si hubiera sabido que se me iban a quitar los granos, te habría pedido que me convirtieras hace mucho tiempo.

—Hace mucho tiempo no hubiera sabido cómo convertirme —dijo Jody—. Y eso no es todo. Quítate los zapatos.

—No entiendo, yo...

—Quítatelos.

Tommy se sentó en el borde de la bañera y se quitó las zapatillas y los calcetines.

—¿Qué?

—Mírate los dedos.

—Están rectos. El meñique ya no se me dobla. Es como si nunca hubiera llevado zapatos.

—Eres perfecto —dijo Jody. Recordaba haber descubierto aquella cualidad del vampirismo y haberse sentido al mismo tiempo encantada y horrorizada porque ahora tenía la sensación de que siempre le sobrarían diez kilos: diez kilos que conservaría ya para toda la eternidad.

Tommy se subió la pernera de los pantalones y se miró la espinilla.

—La cicatriz de cuando me di con un hacha ha desaparecido.

—Y para siempre —dijo Jody—. Siempre serás perfecto, como eres ahora. A mí hasta me han desaparecido las puntas abiertas.

—¿Siempre seré igual?

—Sí.

—Como soy ahora.

—Que yo sepa, sí —contestó Jody.

—Pero iba a empezar a hacer ejercicio. Iba a ponerme cachas. Iba a tener abdominales de acero.

—De eso nada.

—Que sí. Iba a ser un tiarrón como un armario.

—Qué va. Querías ser escritor. Ibas a tener brazos de palillo y a quedarte sin aliento cada vez que pulsaras más de tres veces seguidas la tecla de retroceso del ordenador. Estás en muy buena forma por trabajar en el supermercado. Espera a ver cómo corres.

—¿De veras crees que estoy en buena forma?

—Sí, creía que lo había dejado claro.

Tommy sacó pecho ante el espejo, pero con la camisa de franela no notó nada. Se desabrochó la camisa y lo intentó

otra vez, con poco éxito, así que acabó encogiéndose de hombros.

—¿Y qué hay de lo de ser escritor? ¿Mi cerebro siempre será así? O sea, ¿me volveré más listo o en eso también me he quedado estancado?

—Pues sí, pero eso es porque eres un hombre, no porque seas un vampiro.

—Arpía despreciable.

—Lo que yo decía —alegó Jody.

Jody se había puesto una chaqueta de cuero roja, aunque ya no le molestaba la niebla fría que subía de la bahía. Le gustaba cómo le quedaba la chaqueta con los vaqueros negros y una camisola larga de encaje negro que había conseguido en una galería comercial antes de que alguna zorra se apoderara de ella.

—Vamos, Tommy, tenemos que encontrar algo que comer antes de que se nos acabe la noche.

—Lo sé, pero primero tengo que hacer una cosa. Espera un minuto. —Estaba de nuevo en el cuarto de baño, esta vez con la puerta cerrada.

Jody oyó bajar la cremallera de sus vaqueros y a continuación un chillido ligeramente sofocado. La puerta del baño se abrió de repente y Tommy, con los pantalones y los calzoncillos por los tobillos, cruzó el cuarto de estar en dos grandes saltos de conejo.

—Mira esto. ¿Qué me está pasando? ¡Fíjate! —Se señalaba el pene como un loco—. Es como si fuera una especie de monstruo mutante radioactivo.

Jody se acercó a él, lo agarró de las manos, lo sujetó con fuerza y le miró a los ojos.

—Cálmate, Tommy. Es solo tu prepucio.

—Yo no tengo prepucio. Estoy circuncidado.

—Ya no —contestó ella—. Evidentemente, al convertirte ha vuelto a crecer, igual que se te han enderezado los dedos de los pies y han desaparecido todas tus cicatrices.

—Ah. Entonces, ¿a ti no te da repelús?

—No. Está bien.

—¿Quieres tocarlo?

—Gracias, puede que luego.

—Ay, perdona, es que me ha entrado el pánico. No me he dado cuenta. Yo... eh... todavía tengo que acabar lo que estaba haciendo.

—Vale —dijo Jody—. No pasa nada. Ve a acabar. Yo te espero.

—¿Seguro que no quieres hacerle unos mimitos en un momentín?

—Si se los hago, ¿nos iremos de una vez?

—Seguramente no.

—Pues entonces vuelve al baño, anda. —Le hizo dar media vuelta y le dio un suave empujón. Tommy volvió al cuarto de baño saltando como un conejo, con su prepucio recién recobrado, y cerró la puerta.

Jody se estremeció. No había pensado en si Tommy conservaría su incesante cachondez cuando se convirtiera; solo había querido tener un compañero que entendiera lo que era, lo que sentía, cómo era el mundo visto a través de los ojos de un vampiro. Si al final resultaba que Tommy iba a tener diecinueve años eternamente, tal vez acabara matándolo de verdad.

2

La última caca

—Entonces, ¿ya está?

—Sí.

—¿Nunca más?

—No.

—¿Jamás?

—No.

—Tengo la impresión de que debería conservarla o algo así.

—¿Te importaría tirar de la cadena y salir de ahí de una vez?

## Soy pobre y mi gato es enorme

Jody caminaba un paso o dos por detrás de Tommy, vigilándolo, mientras subían por la calle Tres hacia Market. Observaba cómo reaccionaba ante sus nuevos sentidos, le dejaba espacio para que mirara a su alrededor y le susurraba consejos acerca de lo que estaba experimentando. Ella había pasado por lo mismo un par de meses antes, y sin guía.

—Veo emanar el calor de las farolas —dijo Tommy, mirando hacia arriba y dando vueltas mientras caminaba—. Todas las ventanas de los edificios son de colores distintos.

—Intenta no mirarlo todo al mismo tiempo, Tommy. No dejes que esto te abrume. —Jody estaba esperando que le hiciera algún comentario sobre el aura que despedía cada persona. No era una aureola de calor, sino, más bien, una especie de campo de energía vital. De momento, solamente las habían visto sanas, de color rojo y rosa. Pero no era eso lo que ella estaba buscando.

—¿Qué es ese ruido, como agua corriendo? —preguntó Tommy.

—Son las alcantarillas de debajo de la calle. Todas esas cosas se difuminan pasado un tiempo. Seguirás oyéndolas, pero no te darás cuenta si no te concentras.

—Es como si mil personas estuvieran hablando dentro de mi cabeza. —Él miró a los pocos transeúntes que había en la calle.

—Son las televisiones y las radios —explicó Jody—. Intenta concentrarte en una sola cosa, deja que lo demás pase a un segundo plano.

Tommy se paró y miró la ventana de un apartamento, cuatro plantas más arriba.

—Ahí arriba hay un tipo practicando el sexo por teléfono.

—Qué raro que te hayas fijado en eso —comentó Jody. Se concentró en la ventana. Sí, oía a aquel tipo jadear y dar instrucciones a alguien por el auricular. Evidentemente, creía que su interlocutora era una zorrita sucia y que, por tanto, necesitaba que alguien le embadurnara el cuerpo con distintas variedades de salsa caliente. Jody intentó oír la voz al otro lado de la línea, pero era muy débil: el tipo debía de llevar cascos.

—Qué capullo —dijo Tommy.

—*Chist* —le acalló Jody—. Tommy, cierra los ojos y escucha. Olvídate del tío de la salsa. No mires.

[...]

Continúa en *¡Chúpate esa!*